MIRAR CON LOS OJOS DE LA VIRGEN

-P. Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

Si poder ver es una gran capacidad del ser humano; si se carece de esa posibilidad es un verdadero problema limitante de nuestra libertad física. Mirar es dar un paso más en los horizontes del ser humano. El ver exterior se traslada al interior, toma mayor profundidad. El mirar en profundidad, al prolongarse se tiene la contemplación. Para Nietzsche el saber ver, mirar, contemplar son necesarios para pensar y luego escribir. La experiencia de los papás pueden contemplar extasiados a sus bebés, así tienen una caricia del Cielo. Los enamorados, en potencial de acogida, han de gozar con la mutua mirada, verdadera caricia de su amor; se ha de prolongar en los esposos a través de los días ordinarios y los momentos de crisis para mantener la unidad y la ternura de su matrimonio. Los santos a través de su oración contemplativa, Dios los introduce en su misterio para quedar anonadados, extasiados. Para san Agustín la dicha suprema es “ver al que Ve”,-Videntem vídere. Este Dios vivo, que se da en su mirada amorosa a la Virgen Santísima: ¿Cómo contempla el Padre a María Santísima, su Hija predilecta y la Madre de su Hijo, quien participa de su paternidad virginal en su maternidad al engendrar al Hijo, cuyo acto de engendrar es constante y eterno, sin principio? ¿Cómo contempla el Hijo del Padre, a su Madre, quien lo engendró virginalmente en el tiempo, y por eso es la “Teothókos”, -la Engendradora de Dios,-(Concilio de Efeso 431) y como lo dice la Carta a los Gálatas: “Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer…” (4,4-7); no dice “a través de una mujer”,-comenta Orígenes, sino “de una mujer”, -genómenon ek gynaikós, por tanto, es verdadera Madre, porque engendra a la Persona del Verbo. ¿Qué decir del Espíritu Santo, quien es la mutua caricia entre el Padre y el Hijo, la persona Amor, quien es la Inmaculada Concepción increada,-como la llama san Maximilian Kolbe, en esa conjunción inefable con la Inmaculada Concepción creada, -Santa María, mirada de arrobamiento inexpresable? Otro tanto respecto de Ella, que fue concebida sin pecado y nació más que nadie para Dios. Su mirada amorosa en el Padre, su mirada maternal en el Hijo, -su Hijo, su mirada esponsal en y del Espíritu Santo. Ella nos enseña a comtemplar el misterio trinitario de las divinas personas, con su matiz especial divino y distinguible de cada Persona. Nos lleva a cotemplar a su Hijo en el proceso de su vida humana,-desde que fue engendrado hasta su gloriosa resurreción y ascensión a los Cielos. Ella la Mujer eucarística, nos acompaña en la liturgia de los sacramentos, y en la permanente adoración de su Hijo Jesús, en la Santísima Eucaristía. Con los ojos de Ella hemos de ver al Niño, recostado en sus brazos, colgado de la mirada de su Madre. Ella es el Icono del Misterio,-según Bruno Forte, para contemplar en Ella y desde Ella proclamar las maravillas de Dios Creador, de Dios Redentor, de Dios Santificador. Desde Ella mirar interiormente el misterio de la Iglesia, porque Ella también es Madre de la Iglesia. Nuestra Madre en todas sus advocaciones que expresan su misterio, particularmente, la Madre Santa María de Guadalupe, pintada con el perfume de las rosas y la destreza artística del Padre y del Hijo, quienes asumieron el áspero ayate de ixtle para plasmar en éste a la Princesa de los Astros y de Nuestra Reina y Madre. Ella, según la ideografía náhuatl, nos mira con esa mirada maternal,-tenecazitta-mirar por la oreja, y nos muestra su ternura, nos ofrece su protección y respeto. El “ángel,-Nahahuatzin, el teomama o portador de Dios, aprendió la lección de la Madre, y nosotros con él, de mirar, o mejor, contemplar, con sus ojos y el interior de su corazón, a Dios, a los humanos, y a todo el universo, la tierra con su parcelas y su vida natural. Las estrellas con su tintineante fulgor. Mirar todo desde sus ojos y con sus ojos amorosos, es experimentar ya la caricia sempiterna de la gloria.